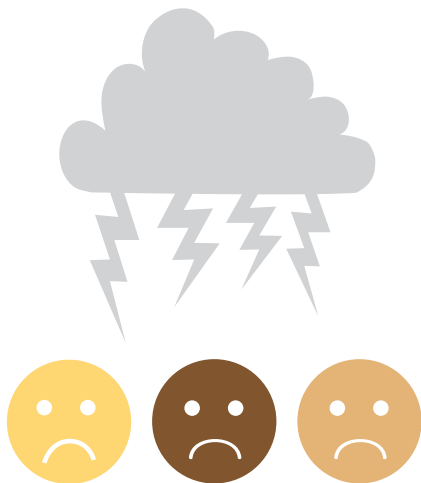


ECUADOR Debate₁₀₄

Quito/Ecuador/Agosto 2018

Crisis societal: miradas psicoanalíticas



Paquetazo para “toda una vida”. Ley Orgánica para el Fomento Productivo

Conflictividad socio política:
Marzo-Junio 2018

La servidumbre voluntaria del sujeto posmoderno

Teoría lacaniana: ideología, goce y el espíritu del capitalismo

Los psicoanalistas lacanianos y la izquierda populista

Populismo y retorno neoliberal. Algunas reflexiones tardías sobre el kirchnerismo y tempranas sobre el macrismo

El Convivialismo como filosofía política

Neo-extractivismo y el nuevo desarrollismo en América Latina: ignorando la transformación rural

Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación?

La ideología autoritaria del sindicalismo boliviano. Las opiniones de los intelectuales en la segunda mitad del siglo XX acerca de la función histórica del proletariado

ECUADOR DEBATE 104

Quito-Ecuador • Agosto 2018

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-43-7

PRESENTACIÓN	3/6
COYUNTURA	
• Paquetazo para “toda una vida”. Ley Orgánica para el Fomento Productivo <i>Wilma Salgado</i>	7/23
• Conflictividad socio política: marzo-junio 2018	25/30
TEMA CENTRAL	
• La servidumbre voluntaria del sujeto posmoderno <i>Marie-Astrid Dupret</i>	31/40
• Teoría lacaniana: ideología, goce y el espíritu del capitalismo <i>Yannis Stavrakakis</i>	41/55
• Los psicoanalistas lacanianos y la izquierda populista <i>Antonio Aguirre Fuentes</i>	57/65
• Populismo y retorno neoliberal. Algunas reflexiones tardías sobre el kirchnerismo y tempranas sobre el macrismo <i>Paula Biglieri y Gloria Perelló</i>	67/81
• El Convivialismo como filosofía política <i>Alain Caillé</i>	83/94
DEBATE AGRARIO-RURAL	
• Neo-extractivismo y el nuevo desarrollismo en América Latina: ignorando la transformación rural <i>Liisa North y Ricardo Grinspun</i>	95/122
ANÁLISIS	
• Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación? <i>Antoinette Rouvroy y Thomas Berns</i>	123/147
• La ideología autoritaria del sindicalismo boliviano. Las opiniones de los intelectuales en la segunda mitad del siglo XX acerca de la función histórica del proletariado <i>Felipe Mansilla</i>	149/164

RESEÑAS

- La selva de los elefantes blancos. Megaproyectos y extractivismos en la Amazonia Ecuatoriana 165/167
- Becoming black political subjects. Movements and Ethno-racial rights in Colombia and Brazil 169/171

La ideología autoritaria del sindicalismo boliviano. Las opiniones de los intelectuales en la segunda mitad del siglo XX acerca de la función histórica del proletariado

H. C. F. Mansilla

Durante la segunda mitad del siglo XX, el movimiento sindical boliviano, inspirado parcialmente por el proletariado minero, fue uno de los actores socio-políticos más destacados en la lucha contra las dictaduras militares y a favor de una revolución socialista. La importancia del sindicalismo se redujo notablemente con el advenimiento de la democracia (a partir de 1982), con el surgimiento político de los sectores indígenas y, en general, con el incremento de la complejidad de la estructura social boliviana. Este hecho ha sido notablemente ignorado por los teóricos e intérpretes de la Central Obrera Boliviana (COB).

Preliminares históricos

Una mirada crítica a la obra de aquellos intelectuales que analizaron el movimiento sindical boliviano, en la segunda mitad del siglo XX, constituye un acceso interesante para comprender los valores normativos de orientación y las pautas recurrentes del comportamiento efectivo de esos importantes actores socio-políticos. Ya en las primeras décadas de ese siglo se conformaron agrupaciones obreras permanentes¹ que tuvieron un rol político destacado en una época (hasta 1952), caracterizada por múltiples fracturas culturales e ideológicas y por una marcada inestabilidad institucional. No existió, como suponen muchos pensadores progresistas, la todopoderosa república oligárquica (presuntamente 1825-1952), que se hubiese consagrado enteramente a la explotación de los sectores subalternos (campesinos y trabajadores, ambos mayoritariamente de origen indígena), sino una laboriosa búsqueda de modelos de ordenamiento social, que hubieran podido servir a la meta normativa aceptada por casi todos, que era la modernización acelerada del país, de la cual se esperaba la consecución de una amplia justicia social.² Abunda-

-
1. Sobre los comienzos del movimiento sindical boliviano cf. Agustín Barcelli, *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias en Bolivia 1905-1955*, La Paz: Editorial del Estado, 1956; Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano*, La Paz: Amigos del Libro, 1969-1980 (3 vols.). Esta obra exhaustiva, que en tres tomos cubre el periodo 1900-1952, enfatiza excesivamente los (modestos) logros y la (curiosa) influencia del trotskismo en Bolivia.
 2. Sobre el contexto general cf. dos excelentes investigaciones basadas en material empírico-documental: Irma Lorini, *El movimiento socialista "embrionario" en Bolivia (1920-1939). Entre nuevas ideas y residuos de la sociedad tradicional*, La Paz: Amigos del Libro, 1994; Irma Lorini, *El nacionalismo en Bolivia de la pre y postguerra del Chaco (1910-1945)*, La Paz: Plural, 2006.

ron, es verdad, regímenes despóticos, generalmente de corta duración, y la tenencia de la tierra dejaba percibir una injusticia secular. Pero la atmósfera político-cultural que acompañó y fomentó el surgimiento del sindicalismo estuvo marcada, contra lo que puede esperarse de una sociedad conservadora, por una multiplicidad de corrientes y agrupaciones socialistas y anarquistas, que tuvieron un eco social importante.³

A partir de la llamada Revolución Nacional de 1952, se consolidó un vigoroso movimiento sindical relativamente autónomo. La entonces poderosa Central Obrera Boliviana (COB), que aún existe, aunque con una influencia muy menguada, se fundó en octubre de 1952.⁴ Este organismo y sus dirigentes estuvieron inspirados, así sea parcialmente, por doctrinas socialistas del cambio radical, que paulatinamente ya habían sufrido el proceso habitual de aclimatación o nacionalización del marxismo a las condiciones históricas y necesidades prácticas del contexto latinoamericano. La obra de *José Carlos Mariátegui*, es en este sentido paradigmática con respecto al Perú y a la región andina.⁵ El exponente más importante de esta corriente en Bolivia fue *René Zavaleta Mercado* (1937-1984).⁶ *Luis Tapia* señala que “Zavaleta prepara la conciencia de los límites de utilización o pertinencia de la teoría marxista”⁷ en la constelación boliviana. Análisis pormenorizados sobre los vínculos entre las clases sociales, las tareas del movimiento sindical y el aparato estatal aparecen dispersos a lo largo de toda la obra de Zavaleta.⁸ El gran mérito de Mariátegui se hallaba, sin embargo, en otro plano que Zavaleta no lo hizo suyo: la incorporación de las culturas indígenas al análisis de un modelo civilizatorio que no se dejaba explicar

-
3. Sobre esta temática cf. la brillante recapitulación teórica de Pablo Stefanoni, *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, La Paz: Plural, 2015, pp. 53-74. Algunos datos aislados en: Herbert S. Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana*, La Paz: Juventud, 1968.
 4. Para comprender la historia del movimiento sindical boliviano es indispensable consultar: Jorge Lazarte, *Movimiento obrero y procesos políticos en Bolivia. Historia de la COB 1952-1989*, La Paz: ILDIS, 1989; Jorge Lazarte, *Los mitos del sindicalismo boliviano*, en: *Historias* (La Paz), 2000, No. 4.
 5. Sobre la significación de la obra de Mariátegui cf. Adolfo Sánchez Vázquez, *De Marx al marxismo en América Latina*, México: Itaca 1999, pp. 147-166; José Áricó (comp.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México: Siglo XXI / Cuadernos de Pasado y Presente, 1980 (se trata de una selección muy interesante de testimonios y análisis en torno a la obra de Mariátegui, con un brillante prólogo-estudio del compilador); Robert París, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México: Siglo XXI / Cuadernos de Pasado y Presente, 1981. Para los posibles nexos entre el pensamiento de José Carlos Mariátegui y el de René Zavaleta Mercado, cf. Luis Tapia, *De la forma primordial a América Latina como horizonte epistemológico*, La Paz: CIDES-UMSA, 2013, pp. 91-101.
 6. Cf. la literatura más importante en torno a la obra zavaletiana: Luis Tapia, *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*, La Paz: Muela del Diablo 2002; Luis H. Antezana, *La diversidad social en Zavaleta Mercado*, La Paz: CEBEM 1991; Fernando Molina, *René Zavaleta. La etapa nacionalista*, La Paz: Gente Común, 2011; Mauricio Gil, *Zavaleta Mercado: ensayo de biografía intelectual*, en: Maya Aguiluz Ibarquén / Norma de los Ríos (comps.), *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y re-visiones*, Buenos Aires: Miño y Dávila, 2006, pp. 93-109.
 7. Luis Tapia, *La producción...*, op. cit. (nota 6), p. 187. Para la temática referida a Zavaleta como renovador y nacionalizador del marxismo, cf. *ibid.*, pp. 186-190.
 8. Sobre aspectos epistemológicos en la obra de Zavaleta cf. Jaime Ortega Reyna, Totalidad, sujeto y política: los aportes de René Zavaleta a la teoría social latinoamericana, en: *Andamios*. (México), vol. 9, No. 20, septiembre-diciembre de 2012, pp. 115-135, especialmente pp. 122-123; Fernando L. García Yapur, A propósito de la crisis como método en Zavaleta Mercado, en: *Nueva Crónica y buen Gobierno* (La Paz), N° 131, segunda quincena de septiembre de 2013, pp. 14-15, aquí p. 15; Luis H. Antezana, *La crisis como método en René Zavaleta Mercado*, en: *Decursos*. (Cochabamba: CESU-UMSS), vol. XI, No. 20, 2009, pp. 160-184.

adecuadamente, mediante los conceptos marxistas clásicos y menos aún por medio de la estructura social correspondiente a las naciones altamente industrializadas del Occidente europeo. Estas culturas habían mantenido y preservan parcialmente hasta hoy, su estratificación social propia, sus valores normativos nativistas y sus reivindicaciones políticas, económicas y culturales, a menudo contrapuestas a la civilización occidental.⁹

El ensalzamiento del proletariado minero

La mayoría de los analistas bolivianos que han estudiado el movimiento sindical del siglo XX ha sido influida por teorías marxistas. Por lo general, estos intelectuales consideraban al proletariado como el sujeto revolucionario por excelencia, que bajo la guía del partido socialista o comunista, debía conducir el país hacia el estadio ideal de justicia social, emancipación nacional y progreso técnico-económico. Ante una clase urbana de obreros de fábrica, muy reducida con respecto a la población total del país, estos estudiosos volcaron su interés político y teórico hacia el proletariado minero, que hasta 1985 constituyó una importante fuerza social en Bolivia.¹⁰ René Zavaleta Mercado fue el más distinguido pensador de esta tendencia. En cuanto marxista más o menos ortodoxo, Zavaleta apostó por el proletariado minero, “la única clase verdaderamente universal”.¹¹ Pero; precisamente esta decisión teórica conllevó desde un primer momento una especie de anacronismo: durante el siglo XX el marxismo, hasta en sus modelos más refinados, no daba cuenta de la diversidad del mundo moderno, cuya evolución contemporánea no se ha ceñido a los preceptos y diagnósticos del padre fundador Karl Marx. En 1974, nuestro autor afirmó que “es en torno a la resistencia y la rebelión del proletariado minero que se reconstituye la sociedad boliviana en su conjunto”.¹² Siguiendo mecánicamente la doctrina marxista convencional, la mayoría de los intelectuales izquierdistas en Bolivia suponía, hasta aproximadamente 1985, que el proletariado minero tendría el deber histórico de arrastrar al campesinado hacia su propio proyecto estatal.

Las tareas históricas atribuibles al socialismo, dice Zavaleta categóricamente, se transforman en conscientes para todo un país porque son “la fusión entre la cla-

9. Cf. una posición crítica a este respecto: Silvia Rivera Cusicanqui, “El movimiento sindical campesino en la coyuntura democrática”, en: Roberto Laserna (comp.), *Crisis, democracia y conflicto social*, Cochabamba: CERES 1985, pp. 129-164, especialmente pp. 130-131, 150-151. Cf. también la obra clásica de esta autora: Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia 1900-1980*, La Paz: HISBOL, 1984.

10. Sobre esta temática cf. dos interesantes estudios de Gustavo Rodríguez Ostría, De trabajadores a individuos. Los mineros en una perspectiva histórica, en: *Opiniones y Análisis* (La Paz), N° 52, noviembre de 2001, pp. 35-73; Gustavo Rodríguez Ostría, *El socavón y el sindicato. Ensayos históricos sobre los trabajadores mineros*, La Paz: ILDIS, 1991.

11. René Zavaleta Mercado, *La revolución boliviana y el doble poder* [1962], en: René Zavaleta Mercado, *Obra completa*, compilación en dos volúmenes de Mauricio Souza Crespo, La Paz: Plural Editores, 2011-2013, vol. I: *Ensayos 1957-1974*, La Paz: Plural, 2013, pp. 535-543, aquí p. 540.- En adelante los escritos de Zavaleta Mercado se citarán siguiendo esta edición, con la abreviatura OC.

12. René Zavaleta Mercado, *El proletariado minero en Bolivia*, en: OC, vol. I, pp. 745-788, aquí p. 746.

se obrera y la ciencia social”.¹³ Brevemente intenta nuestro autor una justificación con reminiscencias hegelianas, pasadas por el tamiz de *Vladimir I. Lenin* y *Antonio Gramsci*: El proletariado resulta ser “la clase mejor colocada desde el punto de vista productivo” y, por consiguiente, “debe hacer valer su iluminación, su capacidad para reconstruir a la sociedad entera a su imagen y semejanza”.¹⁴ Y refuerza su hipótesis afirmando que la sociedad “no es cognoscible ni visible sino desde el punto de vista de la clase obrera”.¹⁵ Con reminiscencias que van hasta la dialéctica de señor y siervo, en *G. W. F. Hegel* y a teoremas centrales de Marx, Zavaleta otorga una especie de centralidad epistemológica al proletariado minero.¹⁶ La situación social y productiva de este último –“la superioridad estratégica de su colocación”¹⁷–, su relevancia dentro de la estructura económica boliviana y su posición privilegiada con respecto al comercio exterior y a la generación de divisas extranjeras, constituyen factores que promueven las cualidades cognoscitivas del proletariado, las que, a su vez, inducen a un conocimiento genuino. En cambio, la situación socio-económica de la “burguesía” la lleva a no conocer y directamente a “oscurecer” el panorama intelectual y cultural. Esta tesis, que no está avalada por hechos empíricos, posee un notable atractivo para los creyentes que, *a priori*, vislumbran en las clases subalternas cualidades cognoscitivas y éticas superiores a aquellas de todos los otros estratos sociales. De este modo las funciones de conocer, analizar y juzgar se independizan de los esfuerzos teóricos individuales y de protocolos científicos verificables y se transforman en una acción derivada de la colocación socio-económica del sector social que “conoce”. Se abren así las puertas al relativismo gnoseológico y axiológico de las corrientes postmodernistas de la actualidad, que niegan la objetividad del conocimiento científico y para las cuales la presunta verdad de una afirmación depende principalmente del contexto social y cultural del que habla.

Hoy en día, cuando el proletariado se halla en estado de dilución, ya no podemos confiar en “su iluminación para reconstruir la sociedad entera a su imagen y semejanza”, máxime si lo único que ha quedado es algo similar al “intelectual orgánico”, es decir: aquel que habla a nombre de ese proletariado y le señala perentoriamente sus tareas y funciones. Ni entonces ni hoy, sirve este enfoque para aclarar las relaciones fundamentalmente ambiguas entre conocimiento social y actores políticos. Conociendo someramente la terrible historia del siglo XX, resulta superfluo mencionar una palabra más en torno al destino de la clase obrera, a la actuación de los partidos políticos que la representaban y al papel de los intelectuales progresistas. Ya en 1989 *Carlos F. Toranzo Roca* criticó “las viejas seguridades del movimiento popular”, el “estatuto de verdad” que se otorgaba a la clase obrera y la significación

13. René Zavaleta Mercado, *Problemas de la cultura, la clase obrera y los intelectuales*, en: OC, vol. II, *Ensayos 1975-1984*, La Paz: Plural, 2013, pp. 641-654, aquí p. 643.

14. *Ibid.*, p. 643.

15. *Ibid.*, p. 644.

16. René Zavaleta Mercado, *Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia* [1982], en: OC, vol. II, pp. 573-591, aquí p. 574.

17. *Ibid.*, p. 582.

privilegiada de las crisis como método de conocimiento, porque todos estos factores no habrían contribuido a la democratización de la sociedad boliviana.¹⁸

En un pasaje donde se entremezclan la admiración sincera, la construcción de un mito y el anhelo vehemente de percibir la realidad de acuerdo a una lógica pre-determinada, Zavaleta afirmó en 1973:

La de Bolivia, como lo sabe cualquier observador de la vida política de estos países, es una clase obrera en extremo brillante, quizá como ninguna en este continente. Toda la historia de nuestras vidas ha resultado cambiada por la presencia de este sujeto extraordinario y casi inexplicable de la historia de Bolivia. [...] En Bolivia, la clase obrera utilizó con éxito una característica de la realidad que era la debilidad estructural del aparato del Estado, la débil articulación del sistema estatal, su falta de instalación precisa en el tiempo. Es una clase que creció a expensas del poder estatal de sus enemigos, aunque todavía, si así puede decirse, sin vencerse a sí misma, o sea, sin pasar de su formidable fuerza espontánea a su organización como partido proletario.¹⁹

Por consiguiente: la única democracia posible en Bolivia es aquella basada en la clase obrera: "Lo que califica como democrático o no a un proyecto, como lo hemos dicho antes, es la opinión o recepción de los proletarios. Esto es una ley en Bolivia: donde no hay consenso obrero, no hay legitimación".²⁰ Esta *sobreestimación* del proletariado recorre todos los escritos de Zavaleta. Desde un comienzo estuvo clara su posición admirativa frente al proletariado minero, como se infiere de este pasaje de 1967 citado a menudo:

Mucho más vital es la presencia del proletariado, referencia dentro de la cual, en Bolivia, se menciona principalmente y a menudo exclusivamente, al proletariado minero. Se trata de un grupo minoritario numéricamente y cualitativamente superior. Cuando se menciona al minero de Bolivia, por las circunstancias en que se ha dado esta agrupación, se habla, en la práctica, del proletariado en su estado puro, sometido solo a escasos factores de desclasamiento. Es el proletariado del tiempo de Carlos Marx. [...] Con el salario reciben al mismo tiempo el signo de su dignidad y de su explotación; el trabajo colectivo y organizado les proporciona la identidad de clase y cuando afrontan todos los días, las horas enteras de su vida, las señales de una tarea con boca de riesgo, el ritmo esforzado de una vida que concluye pronto, están ya en condiciones de convertirse en una clase despierta y peligrosa, capaz de analizar sus necesidades, de exigir y de asediar. Al hacerlo, expresan de modo automático los intereses de la nación porque asedian, exigen y analizan contra el capitalismo oligárquico, conectado con el imperialismo, que ocupa el país. Sus

18. Carlos F. Toranzo Roca, *La desproletarización e "informalización" y sus efectos sobre el movimiento popular*, en: Carlos F. Toranzo Roca / Mario Arrieta Abdalla, *Nueva derecha y desproletarización en Bolivia*, La Paz: UNITAS / ILDIS, 1989, pp. 115-145, especialmente p. 119, 121.

19. René Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina*, en: OC, vol. I, pp. 367-526, aquí p. 370.- Nuestro autor mantuvo esta opinión en uno de sus últimos escritos: René Zavaleta Mercado, *La reforma del Estado en la Bolivia postdictatorial* [1984], en: OC, vol. II, pp. 671-680, aquí p. 675, 678.

20. René Zavaleta Mercado, *Las masas en noviembre* [1983], en: OC, vol. II, pp. 97-142, aquí p. 133.

intereses de clase manifiestan peligrosamente, de un modo concentrado, los intereses de la nación y, por eso, el proletariado minero [...] es la clase dirigente de la Revolución.²¹

Estas masas, “las impolutas hordas de los que no se lavan”,²² conformaban “un proletariado magnífico y literal” del tiempo de Marx, el cual es, al mismo tiempo, “alevoso y cándido como una naturaleza saludable, una mezcla de beato y de animal de rapiña (que es, según Spengler, la forma más alta de la vida), pero también tan principiante, con tan pocas referencias en el pasado [...]”.²³ Sin estos proletarios, formados “con minerales puros de la más alta ley”,²⁴ “no estaba en el poder el pueblo de Bolivia”.²⁵

Zavaleta entrevistó, por lo tanto, en el proletariado minero una pujante y combativa clase obrera, como él mismo dice: “en extremo brillante, quizá como ninguna en este continente”. Pero esta apreciación algo romántica le condujo a no percibir la complejidad de la estructura social boliviana en su tiempo y a no reconocer la legitimidad de otros estratos sociales y de otros intereses políticos que no sean los del proletariado minero. Esta posición es fundamentalmente antipluralista y antimoderna y, como tal, anticuada, anterior a un orden social complejo donde siempre se hallan varios sectores sociales en competencia y en alianzas cambiantes. Ya en su época el tratamiento zavaletiano del proletariado minero era un enaltecimiento indebido de un único sector social boliviano, que dejaba a todos los otros estratos fuera de una consideración analítica y política de índole adecuada. Hoy (2015), la centralidad minera y otros postulados teóricos similares, han perdido casi todo vínculo con la realidad.

Simultáneamente Zavaleta deja entrever una notable lealtad frente a la obra de Karl Marx. Esta fidelidad intelectual sucede en detrimento de un despliegue autónomo del propio pensamiento zavaletiano. Ya en la época del gran maestro, en el siglo XIX, no había un “proletariado en estado puro”, que hubiera podido servir de verdadero paradigma teórico y práctico al proletariado boliviano. Como se sabe, la evolución histórica no confirmó los pronósticos del padre-fundador del marxismo: no se dio el esperado proceso de polarización de clases, y tampoco ocurrió la anunciada pauperización concomitante del proletariado. Este último no se transformó numérica ni funcionalmente en la inmensa mayoría de la nación británica o de cualquier otro país altamente industrializado. Su emancipación, por consiguiente, nunca habría conllevado la emancipación de la sociedad respectiva. Algo similar pasó en Bolivia. La tesis zavaletiana acerca de la función histórica del proletariado minero, fundamentada en la cualidad superior de este último –independientemente

21. René Zavaleta Mercado, *Bolivia. El desarrollo de la conciencia nacional*, en: OC, vol. I, pp. 121-211, aquí pp. 154-155.

22. *Ibid.*, p. 185.

23. René Zavaleta Mercado, *La caída del MNR y la conjuración de noviembre (Historia del golpe militar del 4 de noviembre de 1964 en Bolivia)*, en: OC, vol. I, pp. 211-332, aquí p. 248.

24. *Ibid.*, p. 272.

25. *Ibid.*, p. 303.

te de su configuración numérica—, representa un caso típico de traslación de la teoría-madre original hacia un campo concreto de aplicación. Este mecanismo de acomodación implica también un problema habitual de interpretación, que habitualmente termina en fenómenos de arbitrariedad hermenéutica. A esta exégesis se le pueden contraponer opiniones más razonables y, sobre todo, avaladas en datos empíricos. La visión zavaletiana del proletariado minero como una mezcla de beatitud moral y animal de rapiña tiene un carácter muy literario y hasta poético. Pero la determinación de esta mixtura de cualidades aparentemente superiores como si fuese una combinación ejemplar entre una “naturaleza saludable” y “la forma más alta de la vida” se encuentra cerca del vitalismo irracionalista del citado *Oswald Spengler* (1880-1936), autor alemán cercano a la derecha radical, quien cultivó los aspectos menos recomendables de la filosofía de Friedrich Nietzsche.

El potencial del autoritarismo

Todas las grandes virtudes del proletariado minero, que Zavaleta describe con morosidad y cariño en un texto de 1982 —la solidaridad inmediata dentro del mismo sector, su espíritu de cuerpo proveniente del aislamiento geográfico, la mentalidad derivada de una temprana y espontánea descampesinización²⁶— no conformaron un dique contra las tendencias autoritarias de este sector y contra las pulsiones verticalistas, antipluralistas y gregarias del mismo. Todas ellas provenían ciertamente de herencias histórico culturales muy anteriores, que, por supuesto, excedían el ámbito del sindicalismo. Tal vez por ello no llamaron ni llaman la atención de los estudiosos. Zavaleta no menciona para nada la falta de democracia interna en los sindicatos bolivianos, empezando por los mineros. Si les reprocha algo, es no haber aprovechado debidamente las circunstancias revolucionarias que ocurrieron, según Zavaleta, en 1971 y 1979, cuando se dio la “contradicción” entre el “gran poder” de la Central Obrera Boliviana (COB) y “la pobreza de su programa para el país”.²⁷ El “mayor infortunio histórico” residiría en que este organismo sindical no se transformó en el anhelado partido leninista. Hoy se puede decir: por suerte no sucedió tal cosa, pues Bolivia se eximió así de la suerte corrida por las democracias populares gobernadas por el partido leninista, donde el consenso democrático ha sido únicamente el consenso dictado por el partido omnisciente en nombre de los obreros y del movimiento sindical.

El potencial autoritario y antidemocrático del movimiento sindical y de las masas obreras, que Zavaleta no pudo percibir, se mostró concretamente en los acontecimientos bolivianos en los últimos años de la vida de este autor, es decir durante el gobierno de la coalición izquierdista *Unidad Democrática y Popular* (UDP 1982-

26. René Zavaleta Mercado, *Forma clase...*, op. cit. (nota 16), pp. 573-579, 582-585.

27. René Zavaleta Mercado, *Las masas...*, op. cit. (nota 20), p. 110, nota interna 47. En lugar de un manifiesto revolucionario, como habría convenido a un enfoque leninista, la COB, dice Zavaleta en el mismo lugar, habría emitido solo “un pálido programa de correctivos tecnocráticos a la economía” en “términos lánguidamente cepalinos”.

1985). René Antonio Mayorga afirmó que la atmósfera sociopolítica que prevalecía en Bolivia alrededor de 1982-1985 podía ser calificada como una “crisis de la sociedad y del Estado”, cuyos rasgos principales eran “la insuficiencia hegemónica de las fuerzas sociales”, la “debilidad de las mediaciones entre el Estado y la sociedad” y la “visible ingobernabilidad de la sociedad”.²⁸ Eran los años del último esplendor del sujeto revolucionario por excelencia según la terminología de Zavaleta Mercado: el movimiento sindical, inspirado o, por lo menos, fuertemente influido por el proletariado minero. Este sector sufrió un notable fracaso en 1985, cuando mediante elecciones libres subió al poder un gobierno que aplicó las conocidas recetas neoliberales y cuando, al mismo tiempo, se sucedieron radicales transformaciones en el mercado mundial de los metales y especialmente del estaño, lo que llevó a una reducción dramática de la actividad minera y, por ende, del proletariado minero.²⁹

Zavaleta falleció en diciembre de 1984 y no vio el hundimiento del movimiento sindical. Este fracaso de dimensiones históricas para Bolivia tuvo, por supuesto, varias causas, pero una de ellas tiene que ver con aspectos poco estudiados por Zavaleta: una visión irrealista del mundo y de la sociedad boliviana de parte del movimiento sindical y una marcada sobreestimación de las propias facultades y posibilidades de parte de la Central Obrera Boliviana (COB). Este organismo sindical se opuso durante décadas a la “democracia formal”, a la que consideró “una forma encubierta de la dominación burguesa”.³⁰ En este periodo de 1982-1985, que representó un gobierno de centro-izquierda, la COB endureció innecesariamente sus posiciones programáticas e ideológicas y, creyéndose la encarnación institucional y orgánica del sujeto revolucionario, ordenó a sus afiliados incorporarse a una lógica de confrontación radical contra el gobierno legalmente elegido. Esta lógica incluía el rechazo total de la “democracia formal” y de todo juego de alianzas pragmáticas con otros sectores sociales y políticos. El movimiento sindical, sobre todo el proletariado minero, arrogándose la función del sujeto revolucionario por excelencia, consideró que se hallaba muy por encima del sistema de partidos y de los procesos electorales: la COB constituiría “el órgano natural del poder popular”.³¹ En este contexto es elocuente el testimonio de Filemón Escóbar, quien por aquellos años era miembro de la dirigencia de la COB; Escóbar, volcando al papel muchas imágenes, concepciones y objetivos práctico-políticos de la central sindical, sostuvo que las “coyunturas democráticas se transforman en procesos regresivos y negativos para el movimiento popular”. La democracia moderna fue calificada por Escóbar como un

28. René Antonio Mayorga, *¿De la anomia política al orden democrático? Democracia, Estado y movimiento sindical*, La Paz: CEBEM, 1991, pp. 57-58; cf. también *ibid.*, pp. 62-63.

29. Cf. la interesante compilación de testimonios de muchos actores del llamado “Movimiento obrero y popular boliviano” durante la última fase de aquellos años heroicos en: Godofredo Sandoval, *Las mil caras del movimiento social boliviano. De las jornadas de marzo a las jornadas de septiembre 1985*, La Paz: Panamericana, 1986, *passim*.

30. En sentido crítico: René Antonio Mayorga, *Movimientos sociales y sistema político: la crisis del sistema democrático y la COB*, en: Roberto Laserna (comp.), *op. cit.* (nota 9), pp. 25-64, aquí p. 54.

31. Filemón Escóbar, *Testimonio de un militante obrero* (compilación de Javier Medina), La Paz: HISBOL, 1984, p. 263, 274, 280, 283; Filemón Escóbar, *El destino de la coyuntura democrática será también el destino de la clase obrera y de la nación*, La Paz: s. e., 1984, p. 1.

mero “producto del pensamiento occidental”,³² que, por consiguiente, no tendría relevancia para la COB, la que no solo representaba a la clase obrera, sino también a la mayoría campesina y a los estratos medios del país.³³ Sobre este punto se expresó René Antonio Mayorga:

La COB tiene una visión de sí misma en el sentido de ser la instancia fundamental de articulación de los intereses generales de la nación y se considera un contrapoder estatal o el nuevo Estado popular *in nuce*. [...] Como constitución plena del sujeto popular en el campo de la política, la COB conformaría la unidad sustancial del pueblo y de la nación contra sus enemigos internos y externos. Pero esta forma de autocomprensión de la COB no repara en la heterogénea composición social y en la diversidad de intereses corporativos que atraviesan la organización en sus diferentes sectores.³⁴

Esta autovisión de la COB se complementaba con la pretensión de encarnar la verdad histórica, que se diluyó paulatinamente después de 1985. Como dice *Carlos F. Toranzo Roca*, el movimiento sindical organizado sostuvo hasta ese año que el hecho de conformar el proletariado le confería a sus doctrinas y declaraciones el *status* de una verdad por encima de toda duda.³⁵ El movimiento sindical boliviano reprodujo en el periodo 1982-1985 el comportamiento de 1970-1971 (reformismo militar y Asamblea Popular), tan celebrado por Zavaleta, pero en un lapso de tiempo mayor y usando métodos más duros. Todo esto resultó catastrófico para el gobierno reformista de la UDP y autodestructivo para el movimiento sindical. A partir del mencionado fracaso de 1985, la COB no ha podido ser más un interlocutor de carácter decisivo en los grandes debates socioeconómicos y político institucionales de la nación, y hasta ahora (2015) no ha podido influir sobre ellos.

La declinación del movimiento sindical

Los factores para llegar a esta constelación de decadencia socio-política provienen, evidentemente, de un origen más antiguo. Es sintomático que por razones ideológicas, Zavaleta y otros intelectuales izquierdistas no examinaron estos elementos, que pueden ser resumidos en los siguientes puntos:

- Mucho antes de 1985 la COB iba perdiendo afiliados y no lograba ganar nuevos adeptos porque no tomó en cuenta el desarrollo socio-económico boliviano que ha conllevado a partir aproximadamente de 1970 y hasta hoy, un estancamiento relativo de los sectores primario y secundario, una notable expansión del sector

32. Filemón Escóbar, *La experiencia histórica de la participación obrera a partir de la revolución de 1952*, en: René Antonio Mayorga (comp.), *Democracia a la deriva. Dilemas de la participación y concertación social en Bolivia*, La Paz: CLACSO / CERES 1987, pp. 117-126, aquí p. 119.

33. Para una visión en detalle de esta problemática, que considera las distintas concepciones de democracia dentro de la COB y en el seno de los partidos de izquierda, cf. René Antonio Mayorga, ¿De la anomia..., op. cit. (nota 28), p. 77. La posición del sindicalismo boliviano y de los partidos de izquierda aquí reseñada y criticada era la mayoritaria en el organismo respectivo hasta 1985, cuando sobreviene la mayor crisis del sindicalismo en la historia del país.

34. René Antonio Mayorga, ¿De la anomia..., *ibid.*, pp. 162-163.

35. Carlos F. Toranzo Roca, op. cit. (nota 18), p. 120.

terciario y un descomunal crecimiento del sector informal. En general los trabajadores de los dos últimos ámbitos no tienden a afiliarse a sindicatos.

- A partir de octubre de 1952 la COB participó activamente en la administración de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), la que tenía a su cargo la gestión de las grandes minas nacionalizadas. Este “aporte” de la COB resultó ser particularmente ineficiente y corrupto, como lo admiten conocidos intelectuales progresistas.³⁶
- El decaimiento del clima social en Bolivia desde 1982 hasta 1985, estuvo vinculado a un número verdaderamente inusitado de huelgas y ocupaciones de empresas, y a la tasa más alta de inflación en la historia boliviana, lo que perjudicó a los asalariados de todo tipo.³⁷
- La actitud del movimiento sindical frente al Estado de derecho, al proceso de democratización y al pluralismo ideológico político fue hostil porque partía de tradiciones autoritarias, antiguas y vigorosas, prerracionales y muy cerradas sobre sí mismas. El movimiento sindical y la COB han estado adheridos a una cosmovisión *tradicionalista*: se aferraron a un pensamiento en categorías jerárquicas (masa pasiva / vanguardia activa); han mantenido una propensión hacia mitos redentorios milenaristas; han cultivado una marcada inclinación nacionalista y anticomopolita; y han fomentado una concepción de la sociedad como si esta última fuese una totalidad estable y clausurada, en la cual no habría lugar para el disenso político y la pluralidad de intereses. Se trata, en el fondo, de una percepción arcaizante y militar³⁸ de la política, la que es concebida “como un enfrentamiento de antagonismos insuperables, cuyo fin es necesariamente la destrucción del adversario”.³⁹

En este contexto es útil mencionar los siguientes aspectos. En 1984 la COB exigió la clausura del parlamento, rechazó toda forma de pacto social y visualizó su propio programa como la única política gubernamental posible. “[...] la negociación no implica acuerdos, sino imposición; si se establecen acuerdos se sabe de antemano que no se los cumplirá”.⁴⁰ Esta actitud estaba en abierta contraposición a la tendencia, perceptible en casi toda América Latina a partir de 1980, de revigorizar el Estado de derecho, el pluralismo de ideas y la democracia moderna.⁴¹

36. Jorge Lazarte, *Cogestión y participación: ideología y práctica del movimiento obrero*, en: René Antonio Mayorga (comp.), *Democracia...*, op. cit. (nota 32), pp. 205-242, aquí pp. 230-232, 240-242; Ivon Le Bot, *L'expérience de cogestion à majorité ouvrière en Bolivie entre l'utopie ouvrière et le déclin du secteur minier*, en: PROBLÈMES D'AMÉRIQUE LATINE (París), No. 73, julio-septiembre de 1984, pp. 112-115.

37. Ricardo Calla Ortega, *La encrucijada de la COB: Temas del movimiento obrero boliviano en la coyuntura democrática*, en: Roberto Laserna (comp.), op. cit. (nota 9), pp. 65-128, especialmente pp. 65-68.

38. Sobre la “lógica militar” en la política boliviana cf. René Antonio Mayorga, *Movimientos sociales...*, op. cit. (nota 30), p. 59.

39. CERES, *Las ciencias sociales y la problemática de la democracia, la participación y la concertación social*, en: René Antonio Mayorga (comp.), *Democracia...*, op. cit. (nota 32), pp. 93-106, aquí p. 97.

40. René Antonio Mayorga, *La democracia entre la fragmentación y la imposición*, en: René Antonio Mayorga (comp.), *Democracia...* op. cit. (nota 32), pp. 17-90, aquí p. 76.

41. Carlos F. Toranzo Roca (comp.), *Crisis del sindicalismo en Bolivia*, La Paz: FLACSO / CERES 1987; Jorge Lazarte, *El movimiento obrero en Bolivia. Crisis y opción de futuro de la Central Obrera Boliviana*, en: *Síntesis* (Madrid), No. 14, mayo-agosto de 1991.

Sobre los resultados de este proceso escribió René Antonio Mayorga:

La política maximalista de principios que se expresa en las tentativas de imposición inmediata de los objetivos estratégicos de la clase obrera de acuerdo al programa de la COB durante los regímenes de apertura democrática ha conducido no solo a una errónea apreciación de los adversarios políticos (en 1970 el gobierno de Torres fue considerado como ahora [1985] el gobierno de Siles el enemigo principal del movimiento popular), sino a una desintegración del régimen democrático. La llamada profundización de la democracia ha provocado en los hechos resultados destructivos al imponerse nuevamente la tradición anti-estatal e insurreccionalista de la COB.⁴²

En un estudio muy bien documentado sobre el sindicalismo boliviano de la década de 1980-1990, Michael Krempin llegó a la conclusión de que la Central Obrera Boliviana y los partidos de izquierda exhibían una “relación esquizofrénica”,⁴³ frente al Estado y al aparato burocrático-administrativo. En esta compleja vinculación, donde abundan elementos prerracionales, se combinan hostilidad y credulidad frente al gobierno. El Estado es percibido como el *gran patrón*, al cual se le tiene simultáneamente afecto y odio, sin que se pueda hacer una separación clara entre ambos sentimientos. En su función de gran patrón, el Estado es, por un lado, el adversario político y el destinatario de las demandas de los trabajadores; por otro, el Estado constituye la instancia paternal y protectora, que debe preocuparse sin cesar por el bienestar de sus súbditos y por el buen funcionamiento de la economía.⁴⁴

Contra estas aseveraciones se puede argüir, con toda razón, que Zavaleta analizó en algún detalle los puntos flacos del movimiento sindical y de la COB. En 1971 Zavaleta admitía que hay “una hipertrofia en el papel de los sindicatos que caracteriza a todo el proceso histórico boliviano”.⁴⁵ Pero lo que preocupaba a nuestro autor no era este “exceso” o la arrogación de un papel superior a sus fuerzas o a su destino histórico, sino la “incapacidad” del proletariado minero “para imponer una suerte de paz obrera”.⁴⁶ A este respecto dice Mauricio Souza Crespo:

Se ha dicho ya muchas veces que, si de sujetos prodigiosos se trata, la obra de Zavaleta es un sostenido elogio del proletariado minero boliviano. Pero es un elogio que no ignora las tristezas de una biografía: la victoria minera del 52 es también la de su ‘no saber vencer’, es la de su progresivo aislamiento – y su devenir anti-estatal –, es la de sus tendencias a la cerrazón corporativa.⁴⁷

42. René Antonio Mayorga, *¿De la anomia...?*, op. cit. (nota 28), p. 162.

43. Michael Krempin, *Krise als Chance? Neoliberale Wirtschaftspolitik und Gewerkschaftsbewegung in Bolivien* (¿La crisis como oportunidad? Política económica neoliberal y movimiento sindical en Bolivia), Hamburgo: Institut für Iberoamerika-Kunde, 1990, p. 35.

44. *Ibid.*, pp. 35-36.

45. René Zavaleta Mercado, *Por qué cayó Bolivia en manos del fascismo*, en: OC, vol. I, pp. 333-366, aquí p. 348.- La misma formulación en: René Zavaleta Mercado, *El proletariado...*, op. cit. (nota 12), p. 780.

46. René Zavaleta Mercado, *Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)* [1977], en: OC, vol. II, pp. 35-96, aquí p. 79; René Zavaleta Mercado, *Las masas...*, op. cit. (nota 20), p. 110.

47. Mauricio Souza Crespo, *Los sujetos de la temporalidad crítica*, en: *Nueva Crónica y Buen Gobierno* (La Paz), N° 126, segunda quincena de junio de 2013, pp. 18-19, aquí p. 19.

Aquí hay algo más que las tristezas biográficas. La “victoria minera del 52” debe ser rebajada a su verdadera dimensión: una insurrección de algunos sectores urbanos bajo la inspiración y dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que con la ayuda de algunos sindicatos mineros devino en triunfo por la división de las Fuerzas Armadas (abril de 1952). El “progresivo aislamiento” del proletariado minero no fue el efecto de una turbia conspiración de actores de derechas, sino que tuvo que ver directamente con las exorbitantes pretensiones dogmáticas de la Central Obrera Boliviana, a la que le faltaban las virtudes de la sobriedad y la autocrítica. Pese a todos sus agudos análisis, Zavaleta no tocó, sin embargo, el punto central en la relación entre el movimiento sindical y la sociedad boliviana de su época. La mentalidad prevaleciente en la Central Obrera Boliviana se integró desde un comienzo, como ya se mencionó, dentro de una cultura política muy arraigada en casi toda la población del país, una cultura que cada cierto tiempo experimenta periodos de exacerbación. Esta mentalidad puede ser descrita según el siguiente fragmento de René Antonio Mayorga, que fue pensado para comprender el comportamiento del movimiento sindical en la etapa 1982-1985:

Nuestros intelectuales y políticos asumen y defienden las ideologías de una manera acrítica y dogmática. Son hombres de ‘choque ideológico’ y no hombres que cuestionan, dudan y plantean modelos de conocimiento revisables y mejorables; no admiten la tolerancia y la aceptación de ideas diversas y ajenas. Como estas actitudes han perdurado –lo ideológico y cultural son dimensiones resistentes a los cambios históricos–, los procesos de democratización chocan con pautas antidemocráticas profundamente arraigadas como el principio de imposición de posiciones absolutas y el desconocimiento de los adversarios, el faccionalismo en el tratamiento de cuestiones nacionales, la débil predisposición a la negociación o a la búsqueda de acuerdos y convergencias, la política como control personal o de grupo del aparato estatal, etcétera.⁴⁸

En el análisis de la dualidad de poderes, Zavaleta vuelve repetidamente a su objeto favorito de estudio, la clase obrera, que, según él, tendría un destino histórico de primera magnitud. Y aquí reitera enfáticamente que *el triunfo físico de la clase obrera significa muy poco cuando no está acompañado de la imposición de la ideología proletaria*.⁴⁹ Y esa “imposición”, que nunca ha sido o es algo democrático ni menos espontáneo, solo es exitosa, de acuerdo a Zavaleta, cuando actúa como “conciencia política” de la clase obrera, es decir como el saber privilegiado del partido-vanguardia que construye el “Estado obrero”.⁵⁰ La crítica zavaletiana del movimiento sindical-minero se reduce, en el fondo, a resaltar muy hegelianamente la insuficiencia del mismo “para imponer” al resto de la sociedad una especie de socialismo radical. Zavaleta critica a este sujeto revolucionario porque no se atrevió a vencer, a superarse a sí mismo (en 1952, 1971, 1979 y a partir de 1982), y de esta manera a cumplir su genuina tarea histórica. Esta función histórica no es algo

48. René Antonio Mayorga, *¿De la anomia...*, op. cit. (nota 28), p. 150.

49. René Zavaleta Mercado, *El poder...*, op. cit. (nota 19), p. 419 (énfasis en el original).

50. *Ibid.*, p. 420.

objetivo, sino una atribución leninista a favor de un sector social que siempre fue minoritario y que ahora se halla en estado de disolución.

El pensar en oposiciones binarias excluyentes y sus limitaciones

Al estudiar temas centrales como la estructura de clases, muchos pensadores bolivianos han recurrido a oposiciones binarias excluyentes (por ejemplo: burguesía contra proletariado; movimiento sindical versus Fuerzas Armadas; patria / antipatria; nación / antinación), como herramienta explicativa de primera calidad. En 1983 René Zavaleta Mercado escribió:

La historia de Bolivia, al menos a partir de los cuarenta, es eso, un duelo entre el ejército y la clase obrera (habrá que repetirlo siempre). Es solo un modo de decir las cosas: un duelo entre el bloque que ha debido resignarse de modo precoz al amparo de su intrín-gulis represivo puro y un bloque alternativo que está bajo la dirección práctica de la clase obrera, aunque dentro de los límites de una hegemonía incompleta.⁵¹

Esta concepción dualista y reduccionista proviene de *Carlos Montenegro*⁵² y de otros autores nacionalistas, como *Augusto Céspedes*⁵³ que popularizaron este marco categorial a partir de 1940. Sobre esta problemática dice *Luis Tapia*:

El texto que prepara la reforma intelectual, que es parte de la articulación del nacionalismo revolucionario en el país, es *Nacionalismo y coloniaje*, de Carlos Montenegro, que fue escrito en 1942. Como él mismo lo enuncia, y luego lo resalta René Zavaleta, el texto propone una estructura teórica para pensar la historia boliviana que implica reescribir la historia boliviana, modificando la estructura en torno a la cual se articulan los hechos históricos y la interpretación de los mismos. Es a partir de la propuesta de una estructura de comprensión histórica, que en el caso de Montenegro consiste en la dualidad nación-antinación, que se seleccionan los hechos históricos y se incorpora la presencia de determinado tipo de sujetos y se produce sentido en base a la narrativa que resulta de esa selección y articulación. Montenegro se propone sustituir el predominio de los sujetos oligárquicos antinacionales por la presencia del pueblo boliviano, esto es, de los sectores populares y de la nación.⁵⁴

En este contexto quizá sea necesaria una breve reflexión teórico-metodológica. Conocer conlleva casi siempre la reducción de la complejidad circundante, lo que inevitablemente significa la introducción de factores de una cierta arbitrariedad y casualidad. No hay duda de que el enfoque basado en oposiciones binarias

51. René Zavaleta Mercado, *Las masas...*, op. cit. (nota 20), p. 132.

52. Sobre Montenegro cf. Valentín Abecía López, *Montenegro y su tiempo*, La Paz: FUNDAPPAC / KAS, 2007; Luis Antezana Ergueta, *Carlos Montenegro: la inteligencia más brillante del siglo XX en Bolivia*, La Paz: Plural, 2013.

53. Sobre Céspedes cf. R. Matthew Gildner, La historia como liberación nacional: creando un pasado útil para la Bolivia postrevolucionaria, en: *Ciencia y Cultura* (La Paz), No. 29, diciembre de 2012, pp. 103-125.

54. Luis Tapia, Los escritos sobre el 52, en: *Ciencia y Cultura* (La Paz), N° 29, diciembre de 2012, pp. 9-18, aquí p. 10.

excluyentes (por ejemplo: lo cercano / lo lejano, lo familiar / lo extraño), tiene el mérito de generar un primer mecanismo de orientación en un ámbito difícil de comprender y a menudo hostil. Todos realizamos delimitaciones de complejidad para entender el mundo y a nosotros mismos, pero existen notables diferencias de calidad –y de consecuencias prácticas– debidas a los distintos métodos empleados. En el plano socio-político, por ejemplo, se puede aminorar la diversidad mediante recetas ideológicas decretadas desde arriba y aceptadas sin mucha resistencia por las clases subalternas, aunque este designio, a largo plazo, no ha resultado lo más recomendable para la convivencia razonable de los seres humanos.

En el caso boliviano se puede decir que las antinomias postuladas por Carlos Montenegro (nación / antinación, patria / antipatria, amigo / enemigo), no son necesariamente la voz del pueblo, sino una creación del sector intelectual ofrecida al pueblo. Hay que añadir, sin embargo, que el núcleo del mensaje (los binomios excluyentes), coincide con las tradiciones culturales de los estratos populares. Por ello su aceptación es tan sencilla, tan extendida y tan obvia. Y por ello mismo su cuestionamiento resulta tan arduo y tan impopular. Por más aceptado y estimado que sea un mecanismo de comprensión rápida – como toda identificación fácil –, que deliberadamente se aleja de la complejidad del mundo real, no es lo más conveniente para cualquier sociedad, entre otras razones porque contribuye a la manipulación de la opinión pública desde el Estado o de parte de movimientos sociales que tienen como meta principal la conquista del poder político, aunque, por razones de mera conveniencia, no se atreven siempre a confesar sus móviles normativos. La experiencia de la historia universal nos enseña que estos grupos nunca han tenido como objetivo genuino el esclarecimiento cultural de las masas o la elevación de su nivel educativo.

Pero también se puede comprender la realidad limitando la diversidad por medio de una discusión abierta entre los participantes, en la cual las etapas y modalidades de la reducción son determinadas de acuerdo a argumentos explicitados por el debate y controlados por una opinión pública libre y abierta. Estos mecanismos pueden ayudarnos a evitar las arbitrariedades y los errores que posee todo proceso de simplificación de complejidades. Estos procedimientos pueden ser mejores que los métodos autoritarios que vienen dictados desde arriba y también más racionales que las populares oposiciones binarias excluyentes, cuya fuerza proviene solo del hecho de corresponder a las convenciones y a las rutinas precientíficas de gran parte de la población. La discusión racional y abierta no prescribe una elección imperativa entre solo *dos valores emocionales* (patria / antipatria, nación / antinación), predefinidos de antemano. Puede generar en cambio un ejercicio democrático de debate entre *varias opciones pragmáticas*, que a lo largo de la discusión se van decantando como posibilidades más o menos razonables (políticas públicas, programas de los partidos, propuestas cívicas), dentro de un contexto signado por la falibilidad, pero también por la probabilidad de correcciones parciales.

El procedimiento argumentativo basado en las oposiciones binarias excluyentes está complementado casi siempre por un imaginario tradicionalista, de marcadas

tendencias anti-elitistas y anticosmopolitas, muy ligado aún a la religiosidad relativamente simple de los estratos subalternos. Es una mentalidad distinta y a menudo opuesta al imaginario moderno, urbano, agnóstico y altamente diferenciado en sus múltiples opciones culturales y políticas. En la actualidad, la mayoría de los estudios sobre el sindicalismo boliviano y los movimientos sociales, ha ampliado su radio de acción y ha pasado no solo a analizar, sino también a justificar los fenómenos colectivistas y premodernos del populismo latinoamericano en su colisión con el ámbito de la modernidad.⁵⁵ A estos elementos se les otorga ahora de modo compensatorio las cualidades de una genuina democracia, por supuesto superior a la democracia liberal pluralista.⁵⁶

Coda: sindicalismo y movimientos sociales

Como conclusión se puede aseverar lo siguiente. Aunque suene dura, la opinión de *Carlos A. Camargo Chávez*, estudioso progresista del movimiento sindical, es muy importante. Dice este autor que la Central Obrera Boliviana no estaba y no está preparada “para vivir en democracia”, porque este organismo mantiene una visión meramente instrumental acerca de la democracia, la cual sería para la COB una institución “burguesa”.⁵⁷ Y añade este autor:

Producto de esta visión, la COB tuvo siempre una concepción instrumental de la democracia representativa que la condujo casi siempre a una tensa relación entre democracia, Estado y movimiento sindical. El someterse a reglas democráticas como el Estado de derecho, la ley, el diálogo, la concertación, etcétera era interpretado como factor de desnaturalización de su ideario socialista. En tal sentido, se produce la paradoja de que siendo el sindicalismo el sujeto social más destacado en la restauración de la democracia, es al mismo tiempo, quien la cuestiona y combate con mayor fuerza, ya en tiempos de democracia.⁵⁸

Estos factores determinantes del movimiento sindical boliviano han pervivido, con vigor y lozanía, en los llamados movimientos sociales.⁵⁹ Estos últimos representan hoy el punto más claro de convergencia de tres planos axiológicos, que ya se vislumbraban en la época de oro de la Central Obrera Boliviana. (a)

55. Cf. entre otros: Omar Ramiro Guzmán Boutier, *Modelo político andino en Bolivia*, La Paz: CIDES-UMSA / Plural 2014; [varios autores], *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*, La Paz: Muela del Diablo 2005.

56. Entre la abundante literatura existente cf. el volumen de alto nivel teórico: Javier Sanjinés, *Rescaldos del pasado. Conflictos culturales en sociedades postcoloniales*, La Paz: PIEB 2009.

57. Carlos A. Camargo Chávez, El sindicalismo boliviano: crisis y perspectivas, en: *Opiniones y Análisis* (La Paz), No. 51, septiembre de 2000, pp. 45-71, aquí pp. 48-49.

58. *Ibid.*, pp. 49-50.

59. Todos los lugares comunes de la izquierda tradicional (como la visión historiográfica de Eduardo Galeano), ahora volcados sobre los movimientos sociales, se hallan en: Ann Chaplin, Movimientos sociales en Bolivia: de la fuerza al poder, en: *Community Development Journal*, 2010, en: www.ofxordjournals.org/page/3971/9, consultado el 15 de junio de 2015.

Fomentan orientaciones particularistas en lo referente a su actuación cotidiana y práctico pragmática (en desmedro de valores universalistas), (b) han abandonado el marxismo humanista a favor de un indigenismo que brinda réditos políticos inmediatos y (c) han desprestigiado a la democracia representativa pluralista, a favor de una dudosa democracia directa participativa y de otras formas de un arcaísmo autoritario. Autores de estudios en torno a los movimientos sociales tienden a enaltecer su misión "histórica", a embellecer románticamente sus actividades "antisistema" y a equiparar su función central con la del movimiento sindical convencional. Estos investigadores guardan un silencio sintomático en lo referente a la estructuración interna, la cultura política de los adherentes, la formación de élites dirigentes, las metas normativas finales y los intereses corporativos de los movimientos sociales.⁶⁰ Estos últimos han demostrado ser representaciones muy eficaces de intereses sectoriales particulares, que pretendían y pretenden su tajada de participación en el aparato estatal y sus múltiples ventajas materiales. Como asevera un estudio básicamente favorable al régimen populista boliviano, una vez en el poder se apagó la "fuerza motriz" de estos movimientos como "dinamizadores de los cambios sociales".⁶¹ En fin: nada nuevo bajo el sol.

60. Para esta tendencia cf. por ejemplo: Ton Salman, Movimientos sociales gobernando: entre ideales y responsabilidades. Bolivia después del triunfo del MAS, en: *Persona y Sociedad* (Santiago de Chile), vol. XXV, N° 1, abril de 2011, pp. 89-119.

61. Víctor Orduna, *Tan lejos, tan cerca del Estado Plurinacional. Lecturas y reflexiones sobre la nación boliviana en tiempos del Estado Plurinacional*, La Paz: PIEB, 2015, p. 13.